

En fin, cualesquiera que seais, filósofos, sábios, físicos, médicos, grandes y pequeños, pueblos y reyes, todos, finalmente, desechad con indignacion el frio Materialismo y las teorías de la muerte y de la nada; horrorizaos de esta doctrina desoladora que enseña al hombre que todo concluye con la muerte, así para él, como para el bruto el mas vil, pues que esta filosofía animal deja sin fin á nuestras mas nobles facultades, deja á Dios sin providencia, á la Religion sin objeto, sin fuerza ni sancion á la moral y á las leyes, á la sociedad humana sin apoyo y sin garantía, sin freno al poder, sin temor ni remordimientos al malvado, y al desgraciado sin consuelo y sin esperanza.

vuestras fuerzas, con un gran deseo de encontrarla, y la encontraréis, y obtendréis infaliblemente los dones de la fe. Imitad á La Harpe: «He examinado, dice, y he creído: examinad, y creeréis como yo.» (Yo aconsejo que se comience este exámen por la lectura bien atenta de las conferencias del Sr. de Frayssinous). ¿Sobre qué descansa muchas veces la incredulidad y el escepticismo de nuestros médicos espíritus fuertes? Sobre un *puede ser*, un *yo no sé qué es*, un *yo no sé nada*, como podrá verse por este ejemplo tan fuerte de Barthez. «Este médico célebre estaba ya agonizando (murió en 1806): una persona muy recomendable que tenia con él relaciones fué á verle con la esperanza de hacerle aceptar los consuelos religiosos que su posicion debia hacerle tan necesarios; hallóte tal como se lo habia presumido, triste, sombrío é inquieto. A cada instante se le notaban una angustia y un trastorno que en vano pretendia disimular. Conmovidó al verle así, le habló su amigo de la Religion, sola capaz de tranquilizarle; pero la duda se habia apoderado demasiado de esta alma para que pudiese entrar en ella ninguna creencia. ¡Crear! dijo Barthez, solamente los tontos creen en algo.—¿Y la materia, los cuerpos? —Yo no sé lo que se entiende por eso.—¿Y la conciencia? —Esa es fruto de las preocupaciones: si en mi infancia me hubiesen inspirado otras, ella creeria bien lo que ahora cree mal, y no me ocasionaria ningun trastorno.—Pues qué ¿no hay nada de cierto? Por ejemplo, ¿no vale mas alimentar á su padre que asesinarle? —Señor, contesta el enfermo, hablándoos francamente yo no sé sobre qué principio se puede uno apoyar en filosofía para decidirlo.—En fin, ¿no tienen las matemáticas alguna certeza á vuestro sentir? —Yo veo en las matemáticas una porcion de consecuencias perfectamente enlazadas; pero no sé cuál es su base.—¿Estais cierto de no tener nada que temer? —No lo sé. Algunos dias despues Barthez no existia. No creer cuando se querria creer, cuando se sienten la necesidad y la ventaja de creer, es el castigo de no haber creído por una resistencia criminal de la voluntad, cuando la razon nos empuja hácia la verdad manifiesta. Rebusándose el entendimiento pervertido á toda conviccion, no queda ya por única doctrina sino el Escepticismo absoluto.» (*De la Indiferencia en materia de religion*, tomo I, p. 301).

## CONSIDERACIONES

FILOSÓFICAS, MORALES Y RELIGIOSAS

SOBRE

### DIVERSOS PUNTOS.

#### NOTICIA SOBRE EL ALMA DE LAS BESTIAS.

El imperio del hombre sobre los animales es legitimo, no hay revolucion que lo pueda destruir; porque es el imperio del espíritu sobre la materia. El hombre reina y domina por superioridad de naturaleza; piensa, y por consiguiente es dueño de los que no piensan.

(BUFFON, *Hist. nat.* t. VII, edic. en 12.º).

Las bestias ¿son puros autómatas desposeidos de toda sensacion, simples máquinas montadas de antemano para todos los movimientos que han de ejecutar, ó bien tienen en sí mismas un principio que anima sus órganos, que experimenta sensaciones, y que forma voluntades? Este principio ¿es material ó inmaterial, inteligente ó solamente sensitivo, es decir, clasificado como intermediario entre la materia y la inteligencia?

Podria tal vez extrañarse la importancia que creemos deber dar al exámen de estas preguntas, si no se supiese que esta parte de la filosofía, ó si se quiere, de la fisiología comparada, que ha sido por tanto tiempo en las escuelas un objeto de curiosidad, propio para ejercitar el espíritu, no hubiese llegado á ser, ó no se hubiese convertido en una arma peligrosa puesta en manos de los sofistas modernos; lo que hace que sea un deber para el ver-

dadero filósofo el apoderarse de esta materia, profundizarla, y arrancar por este medio de los enemigos de las sanas doctrinas esta arma fatal, con la cual no se proponen nada menos que trastornar todo el dominio de la moral.

¿Por qué, pues, afectan nuestros pretendidos filósofos comparar la bestia con el hombre, sino para quitarle á este toda idea de su semejanza con Dios y de los deberes que le impone? «Des-  
«de que han sentado, dice el Sr. de Bonald, que nuestra facultad de pensar estaba enteramente en la organizacion, consecuentes en sí mismos, han supuesto una inteligencia, si no igual, á lo menos semejante á la nuestra; en todo han visto una organizacion semejante á la del hombre, y todos los seres animados han sido clasificados en una serie de términos semejantes, cuyos extremos son el hombre y el gusano <sup>1</sup>.»

«Así, dice el gran Bossuet, el hombre se chancea, al defender contra él mismo la causa de las bestias.» Condillac ha llegado hasta atribuirles la funcion mas elevada de la inteligencia, á saber, la facultad de formarse ideas generales <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Reflexiones filosóficas sobre los primeros objetos de los conocimientos morales*, tomo II, pág. 234.

<sup>2</sup> Véase Bossuet, Buffon, el Sr. de Bonald y Flotte, en cuyas opiniones nos apoyamos, y que son muy buenas en estos autores; sin embargo, no me agradan las del último, porque no las encuentro de un lenguaje bastante exacto y bastante severo; no me gustan las expresiones: «La razon de los brutos obra débilmente... Su alma es una sustancia que piensa... Su inteligencia es limitada... Los animales reflexionan poco, raciocinan poco... etc.» Es verdad que sus desarrollos ó explicaciones ulteriores llenos de luz y de razon prueban suficientemente que estas afirmaciones son mas bien del lenguaje que del pensamiento del autor. Prefiero, no obstante, decir limpiamente con Bossuet, Buffon y el Sr. de Bonald, que los animales carecen de razon, de inteligencia y de pensamiento propiamente dicho. «El alma de las bestias, dice el Sr. de Maistre, no es mas que un *asymptoto* de la razon, que podrá muy bien acercarse á ella, pero sin tocarla jamás.» (*Veladas de San Petersburgo*, tomo I, pág. 301).

La inteligencia es activa y libre; la materia esclava y pasiva; donde hay inteligencia hay libertad moral ó libre albedrío. Siendo cierto que los animales están privados de libertad moral, no pueden tener inteligencia.

No hay mas que el ser inteligente, que piensa y raciocina, es decir el ser racional ó el hombre, que está hecho, á imágen de Dios. «Todo lo que no es inteligente, dice Bossuet, no es ni imágen de Dios ni capaz de Dios.» Si conce-

«No es extraño que el hombre, que tan poco se conoce á sí mismo, que confunde tantas veces sus sensaciones y sus ideas, que tan poco distingue el producto de su alma del de su cerebro, se compare á los animales, y no admita entre estos y él sino un matiz dependiente de un poco mas ó de un poco menos de perfeccion en los órganos; no es extraño que les haga raciocinar, entenderse y determinarse como él, y que les atribuya no solo las cualidades que él tiene, sino aun las que le faltan. Pero que el hombre se examine, se analice y se profundice, y luego reconocerá la nobleza de su ser, sentirá la existencia de su alma,

deis á las bestias algun grado de inteligencia ó de razon, estaréis por lo mismo obligado á reconocer que tienen algun grado de semejanza con Dios, lo que seria absurdo y ridiculo.

Por otro lado el instinto tan decantado de los animales y sus sensaciones tan vivas y tan seguras bastan para explicar la imágen de inteligencia y de razon que se observa en alguno de los mas perfectos, tales como el perro y el mono: no es su instinto el que raciocina, él mismo es el razonado y preordenado para llegar á su fin.

Resulta de lo que precede que si se llega á conceder al bruto algun grado de inteligencia ó de razon, seremos naturalmente llevados á concluir, que no debe el hombre su extrema superioridad sino á una organizacion infinitamente mas perfecta que la de los animales; que su inteligencia, fruto de esta organizacion, aunque muy superior á la de las bestias, no es sin embargo de distinta naturaleza; y finalmente que si hay entre el hombre y los animales diferencia de facultades y de aptitudes, hay identidad de naturaleza y de destino, lo que es un absurdo.

Se objeta que «no es posible negar á los animales algunos pensamientos y cierto matiz de raciocinio. Vemos, dicen, á un perro persiguiendo á una liebre, que deja la huella y corre recto encima de ella en línea diagonal si la liebre se desvia. Haciendo el perro la aplicacion del primer principio de la geometría, ¿no muestra en esto una suerte de reflexion y una eleccion deliberada?» Esta circunstancia, que parece ser resultado de la reflexion y del raciocinio, entra naturalmente en las previsiones instintivas del animal, y es su efecto manifiesto. ¿Qué tiene de extraño el ver al perro cambiar de direccion en su carrera para correr derecho al objeto que persigue y que tiene á la vista? La primera línea no la ha dejado sino porque no veia ya en ella á la liebre desviada á derecha ó á izquierda, y marcha sobre otra línea recta en la cual la percibe; en esto no hace mas que todos los animales cazadores, hasta los menos inteligentes; corre instintivamente sobre lo que atisba, y esto es todo. «El ciervo, dicen que embrolla y confunde sus huellas con el fin de engañar á los perros que le persiguen, y hasta hace levantar á otro ciervo para engañarles mejor. Yo confieso que en estos movimientos no veo sino el embarazo de un

«cesará de envilecerse, y verá de una ojeada la infinita distancia que ha puesto el Ser supremo entre las bestias y él<sup>1</sup>.»

Descartes, con los defensores rígidos de la espiritualidad exclusiva del alma humana, hace de los animales puras máquinas con toda la fuerza de la expresión; «máquinas montadas de antemano, dice el Sr. Bonald, para todos los movimientos que la conservación de los individuos y la propagación de la especie necesitan, y que nosotros podemos en seguida, en algún modo, y sirviéndonos de su instinto, montar nosotros mismos para nuestras necesidades, y doblegar ú obligar á ciertos movimientos y á ciertas hábitos. Una vez admitida la omnipotencia del Criador, no les parece á estos filósofos mas contrario á la razón el suponer las máquinas naturales organizadas para una sucesión de movimientos que tienden todos á un fin determinado, que el explicar, en la potencia dada al hombre, el mecanismo de las máquinas artificiales organizadas por el hombre para una sucesión de movimientos que tienden á un resultado cualquiera.»

Entre la opinión que hace puras máquinas de las bestias, y la que les atribuye una inteligencia, hay otra media que nos parece la única verosímil, la sola que dé razón de todos los fenómenos, y resuelva todas las dificultades. En esta hipótesis el alma de las bestias

«animal temeroso que retrocede, porque no sabe dónde esconderse, y el miedo que comunica huyendo á otro animal de su especie. Si ratiocinase el ciervo hasta por el gran motivo de su conservación, se alejaría de los sitios habitados por el hombre, y no bramaria en la época de sus amores por no advertir al hombre su presencia.» (El Sr. Bonald, obra ya citada, pág. 274).

Por otro lado, aun cuando concediésemos á los animales mas perfectos un débil grado de inteligencia y de reflexión, no por eso dejaría de quedar una gran distancia entre el orangutan, el mas inteligente de todos, y el hombre mas estúpido, á pesar de la semejanza grande de organización. Efectivamente este por su inteligencia domina á lo menos á todos los animales; á mas sabe producir el fuego, y servirse de él, lo que no podrán hacer jamás todos los animales juntos. Este terrible y poderoso agente de destrucción no ha sido confiado sino á la inteligencia, porque solo esta puede reglar su empleo. Además, si en algunos casos raros ofrecen los animales la apariencia de alguna combinación intelectual, esto no acontece sino de una manera relativa á su conservación, á su fin y á su destino para el servicio del hombre.

<sup>1</sup> Buffon, *Hist. nat.*, tomo III, pág. 85.

podría definirse: una sustancia intermedia entre la materia y la inteligencia; esta sustancia es capaz de recibir sensaciones é imágenes que no son, como dice Bossuet, sino sensaciones continuadas, y es lo que la separa de la materia; pero es incapaz de idea, de pensamiento, de raciocinio y de reflexión, y es lo que la distingue esencialmente de la inteligencia humana. (Véase el *Orden jerárquico de la universalidad de los seres terrestres*, pág. 24).

Tal vez en esta cuestión, como en otras muchas, no disputan los filósofos espiritualistas sino porque no se entienden. El término de alma alarma á los unos, al paso que el de máquina choca á los otros; pero no disputemos sobre palabras. No se trata precisamente de saber si son máquinas las bestias, ó si tienen una alma cualquiera. Primeramente, todo ser animado, y el hombre mismo en un sentido y en una parte de su ser es una máquina, es decir, una porción de materia organizada para un fin determinado, lo que conviene igualmente á las máquinas artificiales que son obra del hombre. En segundo lugar, «todas las mecánicas, dice el Sr. Bonald, son movidas por un motor general y material que da el impulso primero á todos los movimientos secundarios; el aire, el agua, el fuego, un resorte que se suelta, un peso que baja, la oscilación de un péndulo... Este motor es el alma de la máquina, y aun lleva este nombre en algunas de ellas...» «La cuestión está en saber, dice en otra parte el Sr. Bonald, si esta mecánica de los brutos tiene dentro ó fuera de ella el principio de su movimiento, y de qué naturaleza es este principio.»

Veamos en qué se parece el animal al hombre. Luego nos será fácil probar que hay todavía, á pesar de esta conformidad, lo infinito del uno al otro.

Órganos tiene la bestia como el hombre, y muchos superiores en energía á los de este último; así que él ve, oye, toca, huele, siente; en una palabra, por medio de sus órganos percibe sensaciones á su manera, y recibe imágenes. Debe, pues, admitirse en el animal un principio interior ó cierta *facultad* capaz de sentir y de imaginar; por consiguiente, es negarse á todas las pruebas de analogía y de experiencia el suponer con Descartes que los animales son puramente máquinas privadas de sensacio-

nes. ¿Para qué, en efecto, este aparato orgánico tan uniforme? ¿Por qué órganos tan semejantes dejarían de tener alguna relación en su destino? ¿Por qué ojos, oídos, etc., en la bestia lo mismo que en el hombre? ¿No gritaría el simple buen sentido, que así en el uno como en el otro los ojos son hechos para ver, y los oídos para oír? No, no, nunca se podrá persuadir que estos diversos órganos de los brutos no estén destinados por el Autor de la naturaleza para los usos que la experiencia y la analogía indican; por otra parte, así el hombre como el animal dan exteriormente las mismas señales de imágenes y de sensaciones internas, las mismas muestras, por ejemplo, de hambre, de sed, de dolor y de placer, etc. Así somos llevados por una inclinación irresistible á atribuirles estas sensaciones y estas imágenes; y este juicio que formamos universal y anteriormente á toda reflexión, ¿no parece pertenecer al sentido comun, no es la voz de la naturaleza? y el suponerle erróneo, ¿no sería hacerle recaer sobre el mismo Autor de la naturaleza? En los pueblos mas civilizados lo mismo que en los mas salvajes, no podría un defensor de la opinion cartesiana sino excitar la risa queriendo probar á fuerza de sutilezas que un perro, por ejemplo, herido de una bala de fusil, ó hambriento, no experimente en realidad otras sensaciones que un árbol cuando se le corta el tronco ó cuando se riegan sus raíces.

Los cartesianos no establecen ninguna diferencia entre un animal y un reloj, pues que al uno y al otro les niegan la sensibilidad y las sensaciones. Sin embargo todos los pueblos de la tierra tacharán de crueldad al hombre que tendrá el placer bárbaro de atormentar sin razon ni utilidad á los animales, mientras que á ningun hombre del mundo le ocurrirá el considerar cruel al que rompa su reloj ó le eche á la lumbre. Por un sentimiento universal é invencible, todos los hombres juzgan que un animal es sensible, y que un reloj no lo es; esta es una ley de la naturaleza anterior á toda reflexión y á todo raciocinio.

«Dios nos engañaría, dice Flotte, si no fuesen las bestias sino puras máquinas, porque pondría á nuestra vista una multitud de fenómenos de que resulta y debe resultar en el espíritu de los hombres la idea de una causa que no existiría.»

¿Pensáis en ello, diría un cartesiano? Si le concedéis al animal

sensaciones propiamente dichas, será preciso para ser consecuente que le atribuyais un principio inmaterial<sup>1</sup>, único capaz de percibir la sensación, y ¿no es esto apoyar al Materialismo, y merecer la reconvenccion de asimilar en algun modo el hombre al bruto?

No tiene duda que admitiendo sensaciones en el animal no se le supone un principio inmaterial, pues que, como lo hemos probado hasta la evidencia, la materia, organizada ó inorgánica, no es menos incapaz de sensación que de inteligencia. Pero que se tranquilicen los espiritualistas sobre las consecuencias que se temen de esta confesion; de la sensación á la inteligencia, que hace el carácter propio del alma humana, hay tanta distancia como de la materia á la sensación. Así, limitando, como debe hacerse, el instinto de la bestia á la sensación ó á la percepcion, como dicen los fisiólogos, y á la reminiscencia de las imágenes, nos quedará todavía lo infinito desde el instinto animal hasta la inteligencia del hombre. Sobre esto estamos de acuerdo con Buffon, que dice: «que los animales tienen sensaciones, mas no ideas;» y Bossuet dice: «parece que lo mas que puede hacerse para los animales, es concederles sensaciones<sup>2</sup>.»

<sup>1</sup> Este principio inmaterial ó lo que se llama el alma de las bestias, no es segun nosotros otra cosa que la fuerza vital sensitiva. (Véase el desarrollo de este principio en la pág. 21, 22 y 23).

<sup>2</sup> Los animales no tienen la memoria propiamente dicha, la memoria humana, que, como dice Buffon, es la huella de nuestras ideas. Emanada de la potencia de reflexionar ó del alma; es el recuerdo de todas las ideas intelectuales, morales y sensibles. Los animales no pueden tener una memoria de esta naturaleza, porque están privados de ideas intelectuales y morales; no poseen sino ideas sensibles, ó mas bien imágenes de los objetos sensibles, porque no son propiamente capaces mas que de sensaciones, y no de ideas propiamente dichas. La especie de memoria que muestran los animales no es sino la renovación de sus sensaciones, ó mas bien movimientos del sentido interior; es la reminiscencia. «La única que se pueda, como Buffon dice, conceder al animal ó al hombre imbecil, que son seres, cuyos resultados y operaciones son los mismos bajo todos los conceptos, porque el uno no tiene alma (espiritual) y el otro no se sirve de ella; ambos á dos carecen de la potencia de reflexionar, y no tienen por consiguiente ni entendimiento, ni espíritu, ni memoria; pero los dos tienen sensaciones, sentimiento y movimiento. . . . . Sus sensaciones anteriores son renovadas por las actuales; se despiertan con todas las circunstancias que las acompañaban; la imágen principal y presente llama las imá-

Sea lo que fuere, nos parece absurdo el atribuir la sensacion de los brutos á un mecanismo que no muestra su enlace con ninguno de sus efectos, y que no da por sí mismo razon de ninguna de las apariencias, mientras que nosotros encontramos una causa que reúne naturalmente, y que explica con perfeccion todas estas apariencias y todos estos efectos.

En buena filosofía, la ligazon ó el enlace de un gran número de apariencias y de una sucesion de efectos reunidos á una causa que los explica prueba evidentemente la existencia de esta causa, cuando la causa supuesta puede solamente dar razon de todos los fenómenos. Yo no conozco otra manera de filosofar. Ahora pues, en la máquina de los animales descubrimos un fin muy sábio, un fin verificado por la experiencia en casos semejantes, que es el estar unida con un principio inmaterial, y llegar por medio de este á ser un instrumento de accion y de sensacion. Quitad este destino al que se refiere esta prodigiosa combinacion de resortes orgánicos que componen el cuerpo del animal; negad el principio inmaterial, que siente y obra por medio de la máquina, para la conservacion del todo; no se ve ya ningun objeto en esta obra admirable. Hay, pues, en las bestias un principio inmaterial unido á su máquina, hecho para esta, así como ella está hecha para aquel, y que por su medio ó por su ministerio recibe sensaciones é imágenes.

Léjos de prestar armas al Materialismo, nuestra opinion es por el contrario la mas capaz para desarmarle. Apoyada en el sentido

«genes antiguas y accesorias; sienten como han sentido, obran, pues, como han obrado; ven juntamente lo presente y lo pasado, pero sin distinguirlos, sin «compararlos, y por consiguiente sin conocerlos. . . . .

« . . . . . No tienen conocimiento alguno de lo pasado, ninguna idea del tiempo, y por consiguiente no tienen «memoria.» (Buffon, *Hist. nat.*, tomo III, en 8.º, pág. 40 y 41).

Otra prueba que las bestias no tienen ni entendimiento, ni espíritu, etc., es que no están como el hombre sujetas á la enajenacion mental ó mas bien al idiotismo, por la razon de que no se pierde lo que no se tiene. Sin embargo, nuestros animales domésticos no están exentos de enfermedades corpóreas y físicas. Solo el hombre puede volverse loco é idiota. El idiotismo le hace igual al bruto. Pierde la inteligencia, la razon y el pensamiento; y la prueba de que no piensa es que pierde la señal del pensamiento, la palabra; y se vuelve mudo como los animales.

comun de todos los pueblos, esta doctrina triunfa fácilmente de todas las argucias de los sofistas, estableciendo invenciblemente la diferencia esencial é inmensa que hay entre el hombre y la bestia, entre el destino del uno y el destino de la otra. No sucede lo mismo, á nuestro modo de ver, con el sistema cartesiano, que no nos parece sino un simulacro de racionio, y el que los materialistas podrian invocar con ventaja en favor de sus sistemas odiosos. Si la filosofía estableciese en efecto en principio que debe negarse á las bestias toda causa interior de sensacion, á pesar de todas las pruebas evidentes que se les ve dar de un motor interno y sensitivo, y contra el sentido comun, que por todo y en todo tiempo les atribuye las sensaciones mas reales, ¿no seria autorizar á los materialistas á pasar mas adelante, y á concluir por las mismas razones en la ausencia de toda inteligencia en el hombre, y á no reconocer en él sino una organizacion mas perfecta por la sola causa de su superioridad sobre el bruto<sup>1</sup>?

<sup>1</sup> Nos ha objetado un filósofo cartesiano que la sensacion no puede ser separada del pensamiento, y que por consiguiente no podemos dársela á los animales cuando les negamos la inteligencia y el pensamiento.

Á esto respondemos que la sensacion puede existir independientemente del pensamiento, y daremos por prueba el estado de un niño que todavía no habla y el de un idiota en el último grado de idiotismo, y que no habla ya. Estos dos seres humanos tienen ciertamente sensaciones, sienten, ven y oyen, y sin embargo no piensan; y la prueba que no piensan es que no manifiestan ninguna señal cierta de la presencia del pensamiento; á saber, la palabra ó el gesto. Podrán bien expresar el dolor, algunas pasiones y algunas necesidades físicas; pero estas manifestaciones instintivas que les son comunes con los animales, nunca serán la expresion del pensamiento ni de acto alguno intelectual. Si se objeta aun que la falta de organizacion en el niño se opone al lenguaje articulado, á esto diremos que el idiota adulto que ha dejado de hablar, aunque bien organizado, ha hablado antes que perdiese la inteligencia, y que ha pensado porque ha hablado; pues no se comienza á pensar sino con la ayuda de la palabra ó del gesto (señas); y esto es hoy una verdad demostrada. Así que segun nuestro criterio, siendo el pensamiento inseparable de la sensacion, se sigue que el niño y el idiota de los que acabamos de hablar, no pensando, no tienen sensaciones, es decir que no sienten, ni ven, ni oyen, lo que es contrario á la experiencia, y es un absurdo manifiesto; porque la sensacion puede existir sin el pensamiento; luego finalmente la objecion ó la proposicion que se nos opone no prueba que los animales estén privados de la facultad de experimentar sensaciones, de sentir, de ver y de oír.

«Y si el alma de las bestias es inmaterial, ¿será inmortal?

«Niego la consecuencia. La certidumbre que tenemos de la inmortalidad de nuestras almas se funda únicamente sobre la idea que de Dios tenemos.

«Ya hemos dicho que sucede muchas veces que el hombre de bien padece y es desgraciado en la tierra. ¿En dónde está la justicia de Dios, si no es recompensado en otro mundo mejor?

«Cuando sufre sus desgracias en este, está sostenido por la esperanza de una recompensa futura; si espera en vano, ¿dónde está la providencia del Señor?

«El hombre por su naturaleza suspira por la luz y por la felicidad, lo que no encuentra en la tierra. Si no lo consigue después de su muerte, ¿en dónde se hallará la sabiduría de Dios?

«Si algunos animales padecen en la tierra y son desgraciados, no es la virtud á quien lo deben, porque no teniendo conocimiento de la ley, no les es posible conformar á esta su conducta. — No teniendo idea de recompensa futura, no la desean ni la esperan. Limitados por su naturaleza á las solas necesidades del cuerpo, les ofrece la tierra con que satisfacerlas.

«Por consiguiente la justicia, la providencia y la sabiduría de Dios no exigen que sean recompensados en un mundo mejor como el hombre de bien.<sup>1</sup>»

Pero, se nos dirá aun, si definis el bruto, un ser dotado de sensibilidad, ¿qué medio habrá para distinguir la planta del animal? La sensitiva vendrá á clasificarse en la especie animal.

Pretendiendo que las bestias sienten, tomamos la sensibilidad por la percepción de la sensación y de las imágenes; pero aquí la percepción no indica ninguna idea de inteligencia. La tomo en el sentido que la emplean los fisiólogos, es decir, en un sentido puramente sensitivo. Es un hecho que no se puede razonablemente disputar esta facultad al animal ó ser que presenta los caracteres esenciales de la animalidad, los cuales consisten en la cavidad digestiva y el sistema nervioso, ó á lo menos algunas huellas rudimentales de este sistema, en vez de que ninguna experiencia ha probado que no hay planta que goce de esta facultad ni ofrezca muestras de estos dos caracteres de la animalidad: los movimientos de

<sup>1</sup> *Filosofía de Flotte*, tomo I, pág. 311.

una planta ocasionados por un contacto, un choque ó una resistencia de parte de un cuerpo extraño, no son pruebas de sensibilidad, y no será nunca permitido el confundir con tales movimientos la sensación propiamente dicha.

Si los naturalistas atribuyen alguna vez sensaciones á las plantas, es en sentido figurado ó poético, mas nunca en el verdadero, propio y filosófico.

Hay quien supone á los animales facultades intelectuales, juicios y raciocinios; pero esta suposición es muy gratuita, por no decir otra cosa: para fijarla serian necesarias las pruebas de inteligencia interior que dan los animales, y demostrar que es de su naturaleza imposible una sustancia intermedia, es decir, igualmente distinta de la materia que del espíritu; ó en otros términos, que implica contradicción.

Primeramente, ¿por qué el Autor de la naturaleza que ha podido crear sustancias dotadas á la vez de la inteligencia y de la facultad de experimentar sensaciones, y sustancias materiales privadas de una y otra de estas facultades; por qué este Ser todopoderoso no podria producir sustancias intermedias tales como suponemos, privadas de inteligencia, pero capaces de sensación? Y ¿en dónde y en qué estaria la imposibilidad y la contradicción? De que carezcamos de ideas bien distintas sobre la naturaleza de esta sustancia intermedia, ¿se ha de concluir que no hay medio posible entre la materia y el espíritu? ¿Acaso no se encuentra el hombre entre las criaturas angélicas y los animales, en el sentido que es un ser inteligente y sensible servido por los órganos? Grandes filósofos que comprenden claro todas las sustancias existentes y posibles, ¡que nos expliquen la esencia de una sustancia cualquiera! ¿Ignoran por ventura lo que es en filosofía universalmente admitido, que no se conoce el fondo de las diversas naturalezas, sino por los efectos que se observan? Si vemos, pues, en los brutos operaciones que superan la capacidad ó mas bien las propiedades de la materia, pero que de ningun modo suponen la inteligencia, estamos autorizados á concluir de aquí la existencia de esta sustancia intermedia, que es necesaria y basta para darnos cuenta de las operaciones del animal.

«Cuando, dice Bossuet (*Conocimiento de Dios y de sí mismo*, pá-  
9»

«gina 270) se habrán dado las sensaciones á los animales, parece  
«que no se les habrá concedido nada espiritual. Su alma será de  
«igual naturaleza que sus operaciones, las cuales en nosotros mis-  
«mos, aun cuando vengan de un principio que no es un cuerpo,  
«pasan no obstante por carnales y corpóreas por su total sujecion  
«á las disposiciones del cuerpo.

«Por eso los que dan á las bestias, sensaciones y una alma ca-  
«paz de estas, preguntados si esta alma es espíritu ó cuerpo, res-  
«ponden que no es ni lo uno ni lo otro: es una naturaleza media  
«que no es cuerpo, porque no tiene extension en longitud, latitud  
«y profundidad; y no es espíritu, porque carece de inteligencia,  
«y es incapaz de poseer á Dios y de ser feliz.

«Por el mismo principio resolverán la objecion de la inmortalidad;  
«porque aunque el alma de las bestias sea distinta del cuerpo,  
«no hay apariencia que pueda conservarse separadamente,  
«porque no tiene operacion que no esté totalmente absorbida por  
«el cuerpo y por la materia.»

San Agustín dice positivamente que las bestias tienen un alma,  
haciendo consistir la principal diferencia entre ellos y el hombre,  
en que el hombre es inteligente y sabe discernir el bien del mal<sup>1</sup>.

Tres especies de almas distingue san Gregorio el Grande: la  
del Ángel, que no tiene cuerpo; la del hombre, que está unida á  
un cuerpo al que sobrevive, y la de las bestias, que perece con sus  
cuerpos<sup>2</sup>. Nos queda que establecer que todas las operaciones de  
los brutos son puramente instintivas en el sentido que hemos ex-  
puesto.

<sup>1</sup> Anima humana habet aliquid quod non habet anima pecorum. Nam et pecora animam habent, et animalia vocantur. Non enim vocarentur animalia nisi ab anima; et videmus quia et ipsa vivunt; sed quid habet amplius homo? Unde factus est ad imaginem Dei? Quia intelligit et sapit, quia discernit bonum à malo; in hoc factus est ad imaginem Dei. Habet ergo aliquid quod non habent pecora. (S. Aug., *enar. II in Ps. xxix, num. 2*).

<sup>2</sup> Tres quippe vitales spiritus creavit omnipotens Deus: unum, qui carne non tegitur; alium, qui carne tegitur, sed non cum carne moritur; tertium, qui carne tegitur, et cum carne moritur. Spiritus namque est qui carne non tegitur, angelorum; spiritus qui carne tegitur, sed cum carne non moritur, hominum; spiritus qui carne tegitur et cum carne moritur, jumentorum, omniumque brutorum animalium. Homo itaque sicut in medio creatus est, ut esset inferior angelo, superior jumento. (S. Gregorius Mag., *Dial.*, lib. IV, cap. III).

Ciertamente que los que tan liberalmente conceden á los animales las facultades intelectuales, no se atreverán á atribuirles ninguna moralidad, ninguna idea del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, etc. Esto es muy bueno para la ficcion y la fábula; mas en filosofía no podria menos de excitar la risa. Una prueba sensible de la ausencia de toda idea moral en las bestias es, que se las ve seguir sin ningun pudor ni remordimiento todos los movimientos de sus apetitos, ó si se quiere de sus pasiones. «Los religiosos del Monte San Bernardo, como lo observa el Sr. Bonald, van en busca de los desgraciados extraviados en la nieve; sus perros les acompañan, y los descubren aun mejor que sus amos.» ¿Habrá quién se atreva á decir que en esta accion los hombres y los perros están determinados por los motivos mismos? Ciertamente que no. El buen sentido repugna en reconocer en un animal moralidad alguna. «Pero una inteligencia sin moralidad seria una inteligencia sin conocimiento de motivos que la determinan á un partido antes que á otro; por consiguiente una inteligencia sin razon,» es decir, una inteligencia sin inteligencia, un puro instinto.

Si fuese necesario, dice Condillac, atribuir á los brutos la facultad de concebir ideas generales, la funcion mas alta de la inteligencia, seria preciso igualmente concederles la reflexion, y á lo menos algun conocimiento de su estado, y alguna facultad para compararle con el nuestro. «Deberian, pues, dice Bonald, tener la conciencia de lo que les hacemos padecer y el deseo de sustraerse de estos padecimientos; el imperio que sobre ellos ejercemos les pareceria una odiosa tiranía, y léjos de venir como por sí mismos vienen al establo que les encierra, y á acariciar la mano que les oprime, emplearian sus fuerzas y su agilidad, y hasta se servirian de su número en las especies débiles para escapar de nuestro dominio, y volverse á los bosques á gozar de la independencia.» Sin embargo continuamos ejerciendo nuestro imperio de la manera mas despótica, y de su parte solo encontramos la obediencia mas servil: no solo los domamos, los atamos y les prescribimos á nuestro placer el trabajo y el reposo, sino que los acostumbamos á dejarse llevar y conducir hasta por un niño.

Ya lo hemos dicho en otra parte; el suicidio es un acto de des-

esperacion absolutamente imposible al animal; por su organismo es invenciblemente empujado, impulsado á tender á su conservacion, por *desgraciado* que nos parezca; ningun movimiento instintivo contrario puede oponerse á esta ley de conservacion orgánica; prueba evidente que no tiene la bestia ningun principio libre é inteligente capaz de conocer su estado, y de mandar á su cuerpo que se sustraiga de él.

«Separemos de nosotros todo lo que pertenece al alma: quitémonos el entendimiento, el espíritu y la memoria; lo que nos quedará será la parte material, por la cual somos animales: todavía tendremos necesidades, sensaciones y apetitos; experimentaremos el dolor y el placer; tendremos hasta pasiones, porque una pasión no es más que una sensación más fuerte que las otras, y que se renueva todos los instantes.» (Buffon, *Historia natural*, tomo III, pág. 55).

En su calidad de ser inteligente y como propietario universal del mundo físico, el hombre dispone en algun modo de toda la naturaleza; emplea hasta los elementos, el agua, el aire<sup>1</sup>, el fuego, como primeros agentes de los procederes mecánicos. Todo esto es verdad que sirve tambien al animal para su conservacion, pero se los apropia directamente y sin ningun proceder. «El hombre solo, de todos los seres animados, dice el Sr. Bonald, ha recibido la potencia de producir el fuego (del cual experimentan los animales una agradable sensación), el fuego, poderoso y terrible agente de creacion ó de destruccion, cuya disposicion no ha entregado el supremo Ordenador sino á la inteligencia que puede arreglar su destino y empleo, secreto de Estado que el Monarca de los mundos no ha confiado sino á su primer ministro.»

«El perro y el mono, dice el Sr. de Maistre en sus *Veladas de San Petersburgo*, (tomo I, pag. 294), se acercarán al fuego y se calentarán con placer como nosotros; pero no aprenderán jamás á echar un tizon sobre el ascua, porque el fuego no les pertenece; de lo contrario seria el dominio del hombre destruido.»

<sup>1</sup> Modo de hablar filosófico. Todos saben hoy que el agua y el aire no son elementos, sino cuerpos compuestos; el agua, de hidrógeno y oxígeno, y el aire atmosférico, de ázoe y de oxígeno.

Pero en fin, dicen, ¿en ciertas acciones de los animales no se ostentan el arte y la industria? ¿Se podrá negar que haya arte, y un arte admirable, por ejemplo, en el nido de los pájaros, en las colmenas de las abejas, etc.? Sin duda que brilla el arte en muchas operaciones instintivas de las bestias, y sin esto no podrian llenar su objeto; sus diversos movimientos no producirian resultado: pero este arte maravilloso les es enteramente extraño, y ni aun lo conocen. Las bestias ejecutan ciegamente los movimientos que necesita la conservacion del individuo y de la especie, así como anda un niño sin que conozca la ley del equilibrio. «Así, dice aun Bossuet, la razon nos persuade que lo que los animales hacen de más industrioso, se hace de la misma manera que las flores, los árboles, y los animales mismos; es decir, con arte de parte de Dios, y sin arte que resida en ellos.» Y «en efecto, observa el Sr. de Bonald, la uniformidad constante de sus operaciones, aun cuando la necesidad exigiria que se cambiase, ó que circunstancias particulares hacen inútil, prueba bastante el impulso ciego de un instinto desnudo de toda inteligencia.»

Todas las operaciones de las bestias no son seguras sino en lo que entra directamente en la esfera y en el orden predeterminado de su instinto. Oponed un obstáculo extraordinario, extraño á sus hábitos mecánicos y superior á sus previsiones instintivas, al momento las desorientais, trastornais el plan de sus trabajos, y las veréis obrar sin fin, sin prevision; ninguna combinacion intelectual, ninguna luz interior, ninguna reflexion les vendrá para vencer aquel obstáculo. Poned en la sazón que la naturaleza fija á una hembra de pájaro encerrada en una jaula los materiales convenientes, y la veréis aunque sola fabricar su nido, y sobre todo guarnecerle de lo más fino y suave para los pajarillos que no tendrá jamás; ¿en dónde hallais, pues, la reflexion y la prevision?

Cita Gall como una prueba de la inteligencia de los animales el siguiente hecho: «Dos golondrinas venian á criar todos los años en la casa de mi amigo Streicher en Viena. Durante su ausencia se colocó una campanilla cuya cuerda pasaba precisamente por el sitio donde estaba su nido. Á su vuelta en la primavera hicieron aquel en su lugar acostumbrado, y tuvieron buen cuidado de hacer una abertura para la cuerda, de manera que